

asunto; bástenos decir que es inaceptable de todo punto esa teoría trasnochada y anacrónica, propia de filósofos improvisados, que "objetivamente" pretenden criticar la objetividad del conocimiento histórico).

El libro de Knauth, por su mismo carácter erudito y de disertación a alto nivel académico va dirigido a los estudiosos verdaderamente serios de estos temas, de ahí que no pueda pretender conquistar "mercados de consumo". Peculiar noción la de aquellos que piensan que la labor intelectual y en particular la histórica es mercancía regida por leyes de oferta y demanda. Mucho se desconoce la labor del historiador cuando se la critica en términos mercantiles de fisiócrata dieciochesco.

Knauth nos ha dado pues una obra digna de encomio por muchos aspectos, el mayor de los cuales es ciertamente el haber ayudado a restituir en su justo punto el papel de España en el Pacífico en el siglo hispánico por excelencia. Obras como ésta y en ediciones tan cuidadas (baste sólo pensar en el glosario que figura al final de la obra), indudablemente representan un logro, tanto intelectual del autor como editorial de la Universidad Nacional Autónoma de México, del que nuestro país puede sentirse orgulloso.

Elias TRABULSE
El Colegio de México

David J. WEBER, ed.: *Foreigners in their Native Land — Historical Roots of the Mexican Americans*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1973, xi, 288 pp.

David J. Weber ha editado una útil antología sobre las raíces históricas de los norteamericanos de origen mexicano. Esta última frase es un subtítulo exacto del libro; en cambio, el título mismo, extranjeros en su tierra natal, es parcialmente inexacto por cuanto incluye no sólo a la población mexicana (y sus descendientes) que habitaba las tierras que pasaron a manos de Estados Unidos a raíz del Tratado de Guadalupe, sino a los braceros mexicanos de la primera década de este siglo, quienes por definición nacieron en México y, por tanto, pueden considerarse extranjeros en Estados Unidos, pues el territorio norteamericano no es su tierra natal.

Tal vez uno de los mayores méritos de la obra es que relativiza el conocimiento histórico de acuerdo con la frase de José

Fernández en 1874: *It is very natural that the history written by the victim does not altogether chime with the story of the victor.* Esta cita viene muy a cuento frente al candor de quienes piensan que precisamente por ser extranjeros pueden escribir mejor sobre la historia de México que los mexicanos mismos y, con mayor razón aún, frente a quienes se irritan ante el libro polémico de McWilliams, a quien consideran el padre de una violenta historiografía chicana.

El prologuista Ramón Eduardo Ruiz destaca la simpatía de Weber hacia los chicanos y defiende la idea de su peculiaridad. Sin embargo, tal vez no tome en cuenta que las diferencias regionales de la Nueva España y de México propiamente dicho hacen que no pueda pensarse en un México sino en muchos Méxicos, para usar la expresión clásica de conocido autor norteamericano.

El libro se divide en 5 capítulos; cada uno de ellos cuenta con una pertinente introducción, se apoya en un sólido aparato erudito, y lo ilustran excelentes grabados.

En la introducción general del libro el autor se plantea muy seriamente la naturaleza de la historia de los norteamericanos de origen mexicano. Encuentra que aun antes de 1846 esa región era distinta del resto de México, frase a la que cabría aplicar la misma observación que a la pretendida peculiaridad que señala Ramón Eduardo Ruiz.

Weber rompe lanzas contra la pretensión de una corriente historiográfica chicana que hace de Aztlán el corazón de su cultura. Todos sus argumentos son exactos, pero obvios. Por supuesto que en el México prehispánico los aztecas no fueron el único grupo y la mayoría de los norteamericanos de origen mexicano no descienden de ellos. Tal vez le habría bastado con tener presente un fenómeno semejante, el neoaztequismo: los criollos que lo enarbolaron obviamente no fueron aztecas. Lo importante es advertir la función social del neoaztequismo para los criollos, y de Aztlán para el grupo de chicanos que aspira a marcar sus diferencias frente a la cultura de la clase dominante de los Estados Unidos, en la búsqueda de su identidad.

Acaso convendría señalar algunos otros puntos de reflexión que suscita esta antología, pero tal vez baste con lo hasta ahora expuesto para reiterar la utilidad que esta honesta obra tiene tanto para los lectores norteamericanos como para los mexicanos.

Moisés GONZÁLEZ NAVARRO
El Colegio de México